

¿Y SI EL MOMENTO NO LLEGA NUNCA?

La vida no me lo puso demasiado fácil. A los diecisiete tuve que empezar a trabajar por imposición paterna. Hubiera preferido un millón de veces ir a la universidad, como muchos de mis amigos, pero en casa hacían falta manos trabajadoras que levantaran un poco la economía familiar. Mi destino fue ayudar a mi madre en la panadería y no me opuse, lo hice más que con gusto con resignación, pero la espina de la universidad se quedó hibernando en mi alma como un oso polar, esperando con paciencia la llegada de la primavera para poder salir por fin, pero la primavera, en mi caso, tardó treinta y tres años en llegar. Fue la tarde de un viernes frío de finales de febrero cuando caminaba del brazo con mi mujer por la calle Rosario Vázquez Ángulo.

–Antonio, ¿has visto ese anuncio?

–¿Cuál?

Clara tiró de mi cuerpo para retroceder unos pasos hasta ponerme de cara al aviso y empezó a leer en alto. “¿Quieres cumplir tu sueño de acceder a la universidad? No te lo pienses. Acceso para mayores de cuarenta años. Nosotros te preparamos y tú haces el resto”.

–Estás de broma, ¿no?, ¿pero tú te has vuelto loca? Te recuerdo que tengo ya cincuenta años y la vida hecha.

–¿La vida hecha? No digas sandeces, la vida no deja de hacerse hasta que uno se muere, Antonio, y siempre has dicho que la universidad era tu asignatura pendiente, ¿por qué no ahora?

–Sinceramente, creo que no es el momento.

–No conozco mejor excusa para no hacer algo que decir que no es el momento ¿Y si el momento no llega nunca?

Clara me dejó completamente callado. El resto de la caminata lo hicimos en silencio, yo dejándome guiar, ella llevando el paso y la dirección. Cerca ya de nuestra casa, en la Plaza de la Trinidad, noté un ligero cambio de dirección que no me pasó inadvertido, pero no dije nada intuyendo la jugada. Unos cinco minutos después pasamos por la facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Córdoba y las piernas empezaron a temblarme.

–¡Mira! –dijo Clara como si el hallazgo hubiera sido casual– No sé si es el destino o pura casualidad, pero cumple cincuenta años, los mismos que tú, y están de celebraciones, ¿echamos un vistazo?, quizás nos puedan informar.

–No, no, está llena de chavales, ¿no ves que es época de exámenes?, ¿qué van a pensar de dos *viejunos* agarrados del brazo? –dije con el corazón saliéndoseme del pecho.

Haciendo caso omiso de mis quejas, Clara me asió más fuerte del brazo y aceleró un poco el paso para evitar que me escapara. Yo iba como un toro al matadero, no quería mirar, no quería escuchar, no quería tocar, pero mis sentidos se rebelaron. La espina durmiente se movió de su sitio dándome una punzada en el pecho y empecé a sentir lo que mi cuerpo llevaba décadas queriendo sentir. Aquella monumental portada de piedra por la que tantas veces había pasado me pareció esta vez la puerta de acceso al mismísimo cielo. Notando mi excitación, Clara aflojó la presión y me empujó para que me soltará de su brazo y tomara yo las riendas. Caminando como un autómatas, llegué a un hermosísimo patio. Al pisarlo creí morir, me faltaba el aire, me sobraba la ropa,

mis ojos no daban abasto para observar cada detalle de su imponente sobriedad, pero sobre todo era el ambiente, esa algarabía tan propia de los estudiantes, sus libros, sus apuntes, sus prisas, sus preocupaciones relativas, sus cuchicheos, su felicidad incluso estando de exámenes... Todo era maravilloso, todo menos yo. Por momentos me veía como uno más, charlando, sonriendo, estudiando, haciendo fotos con el móvil de las tareas pendientes, pero al instante sentía que desentonaba y pensaba: “¿qué hago yo aquí?”

–¡Hola!, perdona, ¿eres el profesor de introducción a la Arqueología? –me interrogó una chica muy joven con unos enormes ojos verdes.

Su pregunta hizo que de inmediato saltara como un resorte en mi cabeza el comentario de Clara: “¿y si el momento no llega nunca?” Me armé de valor y con la mejor de mis sonrisas le contesté.

–No, pero quizás algún día lo sea, dame tiempo.

El lunes siguiente llamé al teléfono del anuncio, me matriculé en el curso y empecé a estudiar como un poseso compaginando el estudio con el trabajo y las tareas de casa durante todo el mes de marzo y parte de abril. “Sarna con gusto no pica”, me decía para animarme, aunque vaya si picaba, apenas dormía cinco horas al día.

El dos de octubre le pedí a Clara que me acompañara a mi primera clase en la universidad porque no sabía si iba a ser capaz de entrar. Me dejó en la puerta, como a los niños chicos, y allí me quedé plantado echándole un órdago a la grande a mi sueño. “Vamos, Antonio, no te vas a echar atrás ahora que lo tienes tan cerca”, me espoleé a mi mismo, y con una respiración profunda atravesé el umbral de la facultad de Filosofía y Letras para empezar mi grado en Historia del Arte.

–Perdón, ¿el aula de introducción a la Arqueología, por favor? –pregunté a un bedel con la voz un poco entrecortada por el miedo.

Seguí sus indicaciones y llegué sin mucha dificultad. Nervioso, entré en la clase con la mirada fija en el sitio libre más cercano y allí me senté, en la segunda fila, al lado de un chaval con pinta de bebé que era más que evidente que estaba aún peor que yo. No sé por qué extraño motivo, su temor hizo que me sintiera más fuerte, tanto que me atreví a echar una ojeada hacia detrás y, madre de Dios, ¡qué increíble panorama! Salvo por el bebé y por mí, la clase era un completo jaleo de saludos, encuentros, presentaciones, zumbido de móviles, felicidad, deseo contenido y olor a futuro. A los pocos segundos, cuando entró el profesor y dijo un sonoro: “Bienvenidos, nueva hornada de alumnos de Historia del arte”, me eché a llorar, no pude evitarlo. Cogí el libro, los folios y el boli y salí simulando un ataque de tos hacia el pasillo, tapándome la cara con las manos para que ninguno de los veinteañeros que por allí pululaban me viera en tan embarazosa situación, pero alguien lo hizo.

–¿Lloras de felicidad?, eso es que lo conseguiste, ¿ya eres profesor?

Levanté la mirada y vi a la misma chica de los enormes ojos verdes de la otra vez que me miraba con una mezcla inexplicable de ternura y extrañeza.

–No, aún no, pero dame tiempo –le contesté con las mismas palabras que entonces.

Entonces, sentí de nuevo la punzada en el pecho y escuché un leve ruido, como si algo se hubiera caído al suelo. “Por fin ha salido la espina”, pensé, y volví a clase sonriendo.